



## Siempre vendrán tiempos mejores

Miguel Alemán V.

30 de noviembre de 2006

Hace tiempo el historiador Enrique Krauze me comentó que el poder es como una casaca que la vida pone y quita.

Hoy concluye un periodo de gobierno más y mañana se inicia otro. Este ciclo tiene profundo significado en las reglas no escritas de nuestro sistema político. Quien llega al final de su mandato -Vicente Fox- deja para siempre la casaca presidencial, y con ello obligaciones, fama y privilegios. Quien llega al poder -Felipe Calderón- adquiere con esa prenda toda la atención del país y la obligación de una nueva forma de conducirse, responsabilizarse y de decidir. Para quien se va, el momento puede ser trágico; para el que llega, utópico. En algunos casos el impacto de tomar o dejar el poder ha llegado a afectar la salud; en otros la razón.

En México, la transmisión de poderes es un acto que manifiesta que el mando no se comparte. Al respecto escribí en la novela *Copilli, Corona Real* el siguiente pasaje: "Toma señor, este es el símbolo del poder omnipotente que te entrego y que gozarás por seis años; haz buen uso de él, en beneficio del reino y de su pueblo". Esto continúa con la advertencia a quien se va de que debe cuidar no hacer sombra ni cruzarse en el camino de quien llega, porque el poder ha concluido totalmente: "No permitas que mi sombra se interponga ante el Sol. El Sol debe reflejar sólo la tuya. Con estas armas que te entrego simbólicamente mi  $\frac{1}{2}$ tame". Quien llega al poder recibe un sabio consejo: "No ayudes a muchos amigos de grandes iniciativas, porque se sentirán  $\frac{1}{2}$ n capacitados para dar órdenes propias y malinterpretar las tuyas. Cuando son muchos los que mandan, son pocos los que obedecen".

Desde el tiempo de los virreyes hasta nuestros días las reglas simples, que todos conocen, se cumplen, mientras que las muy elaboradas, por lo tanto desconocidas por la mayoría, "se acatan" pero no se cumplen. Por ejemplo, las reglas del fútbol las conocemos todos; a veces los problemas los enfrentan los árbitros, no el público. Por eso hay que tener reglas claras.

No se trata de tomar la tribuna en un espectáculo de violencia vergonzosa -para eso no fueron electos los diputados-, sino de comprender, de una vez por todas, que avanzamos más con acuerdos y fortaleciendo nuestra vida parlamentaria que por la vía de la violencia y el enfrentamiento.

Al final de un sexenio, el oleaje del poder, que acumuló entusiasmo, respaldo, apoyo político y adulación, se vuelve resaca; la corriente circula pero en sentido contrario. La fuerza política del ex presidente es como un tehuacan pero sin gas. Son tiempos de soledad, silencio, reflexión, de confirmar lealtades, de satisfacción tras haber superado compromisos o de reproche por no haber logrado las metas ofrecidas.

El año más difícil de todo sexenio es el séptimo, si bien ello aritméticamente no es correcto, es políticamente preciso. Siempre he dicho que los valientes se enfrentan al poder, y que otros, los cobardes, esperan sigilosos para agredir cuando el poder se ha alejado.

Tendremos nuevo presidente, iniciaremos un nuevo gobierno; es momento de lograr acuerdos. No perdamos, una vez más, la oportunidad de progresar.

Waterloo en el zócalo

Nuevamente López Obrador llevará al extremo la tolerancia, las leyes y las instituciones; quizá ordene desobediencia civil, violencia, *plantones*, marcha hacia San Lázaro o en todas direcciones. Esta última función será motivo de mofa internacional. ¿Buscará arrastrar en su caída a la UNAM?

[articulo@alemanvelasco.org](mailto:articulo@alemanvelasco.org)

[www.alemanvelasco.org](http://www.alemanvelasco.org)

Político, escritor y periodista